



Hay aproximadamente un millón de kurdos en el Irak, y la mayor parte huye

asilo ni permitiese sus actividades a los comunistas del Irán que luchan contra el Sha. Los kurdos tenían la opción de quedarse en sus pueblos tras una amnistía que les ofreció Bagdad; pero su miedo a las represalias les ha hecho preferir la huida. Los kurdos han estado siendo utilizados por los iraníes y por los Estados Unidos para hostilizar al país, de régimen más progresista del Oriente árabe. Cuando han cesado de ser útiles, se les ha abandonado.

El pueblo kurdo está formado por descendientes de los medas, una raza indoeuropea, de religión predominantemente musulmana —hay también cristianos—, repartidos en una amplia zona que hoy está dividida entre cinco países: Turquía, Irak, Irán, Siria y URSS. Hubieran debido ser autónomos, si se hubiesen cumplido los compromisos firmados por los países europeos a la caída del imperio otomano; no se ha cumplido, y los kurdos han mantenido un estado levantisca, con salidas distintas según el país en que habían quedado incluidos (integrados en Turquía, convertidos en minoría de estatuto especial en la URSS, políticamente exterminados en Irán, donde llegaron a formar una república kurda —la de Mahabad— en 1945). En el Irak se constituyeron en problema continuo. Los británicos les prometieron una zona autónoma —Kurdistán—, como parte de su política de descolonización por pequeños grupos étnicos y políticos, y habían recibido promesas de estatuto por parte de Bagdad; pero los distintos cambios de régimen en el propio Bagdad fueron modificando las concesiones a los kurdos. Impulsados éstos por el Irán, como agente de Estados Unidos, y por estos mismos Estados Unidos, a una acción levantisca, vivieron los diez últimos años en una casi permanente insurrección, cortada por algunas treguas.

En un momento determinado, los kurdos del Irán estuvieron sostenidos por la Unión Soviética, y en su

país encontró asilo Mullah Mustafá Barzani, el general Barzani; había luchado contra el régimen despótico de Nruy es Saíd, cabeza visible del Pacto de Bagdad trenzado por Foster Dulles como base del anticomunismo en la zona, que trataba a los kurdos como asesinos de derecho común: ahorcaba a los prisioneros sin necesidad de juicio. Durante trece años, el Barzani fue invitado de la URSS, hasta que la revolución popular de 1958 les permitió regresar: el general Kassem determinó que la Constitución contuviese un párrafo por el cual los kurdos tenían sus derechos nacionales reconocidos «dentro de la entidad irakí». Pero algunos grupos duros del país hicieron que este reconocimiento fuese únicamente nominal, y sirvieron así los intereses de los enemigos del Irak, que continuaban fomentando la rebelión kurda. Una nueva tregua se estableció en 1970, tras la firma de una amnistía para los rebeldes kurdos, que les incluía en el gobierno: los kurdos tuvieron un vicepresidente y cinco ministros, uno de los cuales se convirtió en «ministro para la reconstrucción del Norte», esto es, para la zona kurda que había sido víctima de la guerra civil. Barzani pasó de ser guerrero, general —nunca estuvo en una academia militar: el título le fue dado al homologar su jefatura de los guerrilleros a un grado del ejército— a político, jefe del Partido Democrático kurdo.

Pero la reforma política tampoco funcionó. El Barzani, sus principales consejeros y ayudantes —entre ellos, su hermano, el Cheik Ahmed— mantuvieron una posición conservadora frente a la revolución popular del Irak, y una vez más fueron ayudados e impulsados por los regímenes feudales de los países árabes y por el Sha del Irán. Más aún, por los Estados Unidos. El Barzani consideró mal sus posibilidades: creyó que podría vender anticomunismo a los Estados Unidos y recibir armas y dinero, como los estaba recibiendo Israel, para oponerse al gobierno

prosoviético de Bagdad. Fueron, en efecto, ayudados. Pero con la misma ligereza que otros pueblos, han sido abandonados cuando la ocasión ha convenido.

El Barzani se quejaba recientemente de este abandono: «El futuro no es brillante para nosotros —decía—. De una parte, el enemigo tiene todas las ventajas y la ayuda de los rusos, y por otra parte, estamos sólo nosotros. Los kurdos no tienen amigos. Pienso que se aproximan tiempos oscuros».

La oscuridad total ha llegado con el «pacto de Argel», ciudad en la cual se ha firmado en marzo el acuerdo entre Irak e Irán, como consecuencia del interés del Sha de mejorar sus relaciones con el mundo árabe en general, con los que tiene ahora una alianza petrolera. El pacto determinaba que el 1 de abril los kurdos tendrían cerrada definitivamente la frontera del Irán, impidiendo así que sus guerreros encontrasen refugio —y armas y dinero— al otro lado de la frontera: ofrecía acoger en el país a todos aquellos que lo hicieran antes de esa fecha, y el 1 de abril, las tropas del

Irak podrían avanzar sobre el territorio kurdo. El Barzani se dirigió a los Estados Unidos en petición de ayuda, que evidentemente no recibió. Ha pedido también refugio para él y para los suyos.

Desde que el acuerdo se hizo público, unas cuatro mil personas han cruzado diariamente la frontera entre los dos países. Hay aproximadamente un millón de kurdos en el Irak (no están realmente censados) y la mayor parte huye. Ya el Barzani y sus principales colaboradores han pedido asilo al Irán, y pretenden trasladarse desde allí a los Estados Unidos. Su única esperanza es que las circunstancias de la zona varíen y puedan ser de nuevo utilizados contra el Irak... El éxodo se hace por las montañas, a temperaturas bajísimas, arrastrando los miserables enseres de los poblados. Quizá para, dentro de algún tiempo, acogerse a la amnistía y regresar al Irak, a sus poblados que ahora quedan desiertos.

Un genocidio más. Un pueblo pequeño, víctima de los manejos de los otros. Unos aliados circunstanciales de los Estados Unidos que eligieron mal su alianza. ■

## TURQUÍA

### Un paso a la derecha

● Después de seis meses de crisis, Turquía tiene un nuevo gobierno, que ha de pasar aún por la prueba parlamentaria para funcionar de pleno derecho. Lo preside Sultan Demirel (que fue depuesto por una acción militar en 1971, y que reaparece ahora sostenido por los mismos militares que entonces le derribaron) y está considerablemente inclinado hacia la derecha, incluso con algunos miembros de la extrema derecha. Es una coalición de cuatro partidos que forman lo que se llama «Frente nacionalista». Estos cuatro partidos, juntos, no tienen la mayoría del Parlamento (reúnen 214 diputados: la Asamblea está compuesta por 450 diputados). Es, por lo tanto, un gobierno minoritario, que tendrá que apoyarse en votos móviles que puedan favorecerle en cuestiones concretas. Es posible que Sultan Demirel tenga que convocar elecciones anticipadas en breve plazo para asentarse sobre una nueva mayoría. Hasta ahora es contrario a esa fórmula porque cree que la derecha que preside no tiene suficientes votantes en el país; pero quizá suponga que en unos meses de poder podrá hacerse con algunos puntos clave que le permitan inclinar las elecciones a su favor.

Sultan Demirel, personalmente, está apoyado por la burguesía del país. En cambio, los grandes capitalistas le consideran con reservas; pero los otros miembros de su gobierno tranquilizarán a ese sector en el sentido de que las reformas

económicas se limitarán a lo imprescindible. La extrema derecha, que fue hostil al anterior gobierno de Demirel, hasta que éste fue derribado por los militares, parece favorecer este nuevo intento.

En política exterior, tan decisiva en Turquía (el paso de los Dardanelos, las grandes bases americanas, la frontera con la URSS, su situación clave en el Oriente mediterráneo), es muy posible que este gobierno se presente como un adversario de los Estados Unidos, en favor del nacionalismo que dice defender y especule con la amenaza de retirarse de la OTAN y de clausurar las bases. Nada de esto sucederá finalmente. Es posible, en cambio, que se regrese a las plantaciones de adormideras de las que se produce el opio, destruidas por petición de los Estados Unidos, lo cual ha causado una considerable ruina en el país. Con este «desafío» y una apariencia de nacionalismo, Turquía podrá, sin embargo, mantenerse enteramente dentro de la Alianza Atlántica.

Hay que esperar, de todos modos, el resultado de la sesión de investidura en la Asamblea. Aunque Demirel está seguro de obtenerla, los jefes de los partidos de oposición, los que no han sido incluidos en el «Frente nacionalista», no han dado aún su opinión definitiva. Algunos le han condenado netamente, como el anterior primer ministro, Ecevit, que era una esperanza de la izquierda. ■